

simos, como obra en que han puesto sus manos, en presencia de las naciones, las dos grandes potestades de la tierra, el trono y el pueblo. Dios bendecirá sin duda esos tratos de paz, y permitirá que resplandezcan días más serenos y apacibles en nuestros magníficos horizontes.

(Sigue el proyecto de reforma de la Constitución.)

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO

EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1844.

SEÑORES:

Yo tenía un propósito firmísimo de no tomar parte ninguna, ó de tomarla muy escasa en las discusiones del Congreso en la presente legislatura, siendo la causa de esta determinacion razones que me son personalísimas. Si hoy falto á mi propósito, es por la gravedad del asunto, asunto que ha comenzado á ser grave desde que el Señor Tejada le puso, digámoslo así, á discusion con su discurso: asunto cuya gravedad se aumenta todos los días, y asunto que debe ser definitivamente resuelto por el Congreso. Yo creo, señores, que debe ser resuelto en contra del principio hereditario, porque el principio hereditario no es hoy día un principio español, ni un principio europeo. Por consiguiente, es un principio que con ningún título puede tener entrada en las constituciones de los pueblos libres, y principalmente en ciertas naciones.

España, señores, ha sido siempre una monarquía; esa monarquía en toda la prolongacion de los tiempos ha sido una monarquía religiosa; esa monarquía en toda la prolongacion de los siglos ha sido una monarquía democrática. ¡La monarquía! Ved ahí para nosotros la verdad política. ¡El catolicismo! Ved ahí para nosotros, para todos, pero para nosotros especialmente, la verdad religiosa. ¡La democracia! Hé ahí para nosotros la verdad social. El catolicismo, la monarquía, la democracia, ved ahí por completo la verdad española. Explicaré lo que entiendo por monarquía democrática. Claro está, señores, que en cuanto á la monarquía y á la religion, como elementos constitutivos de la civilizacion española, no necesito explicarme, porque mis ideas no son impugnadas por nadie y son conocidas de todos. Cuando yo hablo de la monarquía democrática, de gobierno democrático, no hablo de la monarquía de las turbas. La monarquía democrática es aquella en que prevalecen los intereses comunes sobre los intereses privilegiados, los intereses generales sobre los intereses aristocráticos. Esta es la monarquía democrática.

Yo no necesito demostrar, señores, que España ha sido siempre una monarquía, siempre una monarquía religiosa. Nada, pues, tengo que decir acerca de la verdad política; nada acerca de la verdad religiosa; tengo que decir algo sobre la verdad social, porque es lo que se pone en duda.

La monarquía española nació en Asturias. Yo no veo allí, señores, ni un rastro de aristocracia. Yo veo allí un rey que representa la monarquía, veo sacerdotes que representan la Iglesia, veo soldados que representan el pueblo. La aristocracia vino despues; vino cuando debia venir, vino con la guerra y por la guerra, porque donde hay guerreros hay aristócratas. Entonces, señores, se levantó el castillo feudal, símbolo de la aristocracia, y no se puso al lado del trono, se puso en frente. De modo que el trono, para defenderse contra sus enemigos, acudió á sus aliados, y al lado del castillo feudal levantó un monasterio, símbolo de la Iglesia, y un municipio, símbolo del pueblo. Asi, señores, hubo dos guerras al mismo tiempo en España, una guerra extranjera y una guerra civil.

La guerra extranjera era entre españoles y árabes, entre el catolicismo y el mahometismo; la guerra civil era entre la aristocracia por una parte, y la democracia, la monarquía y la Iglesia por otra. Lo más singular, señores, de estas dos guerras, lo más singular, y este es un espectáculo singularísimo en nuestra historia, es que estas dos guerras empezadas al mismo tiempo acabaron, puede decirse, casi en un mismo dia, en tiempo de los Reyes Católicos, Reyes gloriosos, felicísimos, que en un mismo dia acabaron con la guerra civil allanando por tierra los castillos feudales, y la guerra extranjera clavando el estandarte de la Cruz en los muros de Granada.

No es extraño, señores, que siendo este el espíritu, el verdadero espíritu de nuestra historia antigua, se haya obrado en España un fenómeno singularísimo tambien, que es, que el amor del pueblo hácia sus reyes ha llegado hasta el frenesí, y el amor de los reyes hácia sus pueblos hasta la locura.

Tres grandes naufragios ha corrido la monarquía, uno en tiempo de los godos, cuando la irrupcion sarracena; otro en tiempo de Napoleon, cuando la invasion quiso acabar con la dinastía de los Borbones, y otro finalmente en nuestros dias, cuando quiso alzarse con el poder soberano un soldado de fortuna. Pues bien: en estos tres naufragios, despues de Dios, quien ha salvado la monarquía es el pueblo. En Guadalete se perdió una monarquía, y el pueblo levantó dos en los montes de Cantábria; la de Iñigo Arista, y la de Pelayo. La invasion Napoleónica, para acabar con nuestra dinastía, redujo al rey á prisiones; y el pueblo dijo: ¿el rey está preso? «Viva el rey,» y clavó el estandarte nacional en las murallas de Cádiz. ¿Qué ha sucedido en la última época? Ha sucedido que Dios abandonó al que se queria alzar con el poder soberano, y le entregó á la justicia del pueblo, y el pueblo ha hecho inexorable justicia.

Hay más, señores: el pueblo se ha hecho viajero para viajar con nuestros reyes; se ha hecho conquistador para darles sus conquistas. Con nuestros reyes y por nuestros reyes entramos en Portugal y nos hicimos señores de Lisboa: pasamos el Estrecho, y nos derramamos por las playas africanas: visitamos la Italia, la Fran-

cia, los Países-Bajos y la Alemania; y no teniendo el pueblo español nuevos florones con que coronar á sus reyes, fué en seguimiento de Colon para poner á sus plantas un nuevo imperio y un nuevo mundo.

Esto en cuanto al pueblo. Por lo que hace á los reyes, he dicho que su amor hácia el pueblo habia rayado hasta la locura. Y he dicho bien, porque he dicho una verdad comprobada por la historia. Véanse si no esos fueros, esas cartas pueblas, cuyas concesiones fueron tan extraordinarias, fueron tan gigantescas, que llegaron á ser absurdas; y si los reyes no hubieran mirado por sí á tiempo, hubieran concluido por amor al pueblo con toda la monarquía. Así es, que desde el siglo xi al siglo xiv, el municipio en España es una cosa independiente del Estado; es una persona civil que contrata y tiene propiedades; es una persona religiosa que tiene una Iglesia donde celebra el nacimiento, el matrimonio y la muerte: es una persona hasta cierto punto independiente, porque ajusta tratos de paz, porque declara la guerra, porque combate con sus capitanes, con sus pendones, con sus soldados; y en fin, señores, lo más absurdo y extravagante, pero que no por eso deja de ser cierto, es que el municipio era una persona nobilísima, porque tenia su escudo de armas. Es decir, que nuestros reyes llevaron á tal punto su amor hácia el pueblo, que hicieron noble á la plebe.

No se crea por esto, señores, que yo soy enemigo de la aristocracia. Lo contrario me sucede y debo confesarlo. El espectáculo de esa decadencia general, de esa decadencia simultánea de todas las aristocracias, me entristece profundamente, como me entristece la desaparicion de todas las grandes instituciones que han dejado una huella profunda en la historia. Yo admiro al senado romano, á esa aristocracia dominadora y soberbia que tuvo sujeto al mundo. Admiro al Patriciado inglés, esa aristocracia pujante que en donde pone la vista funda un imperio. Diré más: debo confesar mi flaqueza: me he sorprendido á mí mismo con las lágrimas en los ojos al ver la desaparicion de todas esas aristocracias, porque yo lloro cien veces de admiración por una vez que llore de ternura. Pero

hay una cosa que quiero más, que admiro más que á la aristocracia, y es á la humanidad; y la humanidad está más bien representada por la democracia que por la aristocracia.

Así es, señores, que yo creo que aceptando el principio hereditario; es decir, el principio aristocrático, edificamos sobre arena. Creo más, y es que por aceptar, no el principio sino los instintos aristocráticos, se ha perdido el partido moderado. Señores, yo creo que no hay más que un medio de gobierno para las naciones; y ese medio es reunir en un solo punto todos los elementos constitutivos de la nación que se trata de gobernar. En España para gobernar se necesita reunir en un solo centro todos los elementos constitutivos de la nación española. ¿Y cuáles son estos elementos? La religion, la monarquía y la democracia; un partido que no sea al mismo tiempo monárquico, religioso y democrático, no puede gobernar bien. Un partido que no reconociera ningunos de estos principios, no podria existir siquiera: y los partidos que reunan alguno ó algunos de estos principios, pero no todos, serán unas veces gobernados, y otras gobernantes: unas vencidos, y otras vencedores.

¿Sabeis por qué existe el partido carlista? Porque rinde vasallage á algunos de estos principios. ¿Sabeis por qué existe el partido exaltado? Por lo mismo. ¿Sabeis por qué existe el partido moderado? Por igual razon. ¿Y por qué no dominan exclusivamente? Porque ninguno los ha reunido completamente. El arte, pues, de gobernar es el arte de reunirlos: y este es el verdadero gobierno de las naciones. Examinaré esta cuestion, puesto que el Congreso parece que no lo oye con desagrado.

A la muerte del rey se partió España en dos bandos poderosísimos. El uno siguió las banderas del pretendiente: el otro el estandarte de la reina de España. Considerados en general, uno y otro partido reconocian la democracia; uno y otro profesaban la misma religion; uno y otro defendian la monarquía. En general, hablo; pero la defendian de distinta manera. El partido absolutista era el representante de la monarquía, es verdad; pero la monarquía que representaba; era la monarquía austriaca, que es un paréntesis en

la monarquía española. Era el representante de la democracia, es verdad; pero su democracia no era aquella que en España ha seguido siempre las pisadas de sus reyes: era más bien la democracia turbulenta del pueblo judío cuando seguía á sus sacerdotes por los desiertos. Ha representado la religión, es verdad; pero la ha representado solo en lo que tiene de inmutable, y no en lo que tiene de flexible. Ya estamos en el secreto de por qué el partido absolutista ha conseguido grandes triunfos, y por qué ha sucumbido al fin. Consiguió grandes triunfos porque era religioso, monárquico y democrático; y sucumbió porque lo fué de mala manera. En una palabra, sucumbió porque desconoció aquella ley á que se sujetan todas las instituciones humanas, la ley del progreso, que es más que española, porque es humana, y es más que humana, porque es divina. Esto en cuanto al partido carlista.

Los que siguieron el estandarte de la reina legítima, se dividieron en dos bandos; el uno llamado moderado y el otro exaltado. El partido moderado ha aborrecido una cosa; no diré aborrecido, pero sí, que ha desconocido la importancia de un elemento poderoso en España, la importancia de la democracia. Nunca la ha conocido, al paso que ha conocido mejor que otro la importancia de una cosa esencial, la importancia de la libertad. Es decir, señores, que ha desconocido la importancia de un elemento español, españolísimo, y este ha sido su defecto, mientras que su cualidad ha sido acoger un principio eminentemente europeo, que es el de la libertad. De manera que el partido moderado ha sido, más bien que el representante de la civilización española local, el representante de la civilización europea. Y no le acuso por esto: ha hecho bien, pues debemos tener muy presente que la civilización general europea está destinada á acabar con todas las civilizaciones locales; así como el sol de la civilización general está destinado á apagar todos los otros soles, así el español, como el oriental y el africano.

Ved ahí, señores, explicada también la causa de sus triunfos, y la causa de sus desastres. Ha debido sus triunfos á que es el representante legítimo de la libertad, de este principio que está des-

tinado á dominar en Europa. Ha debido sus desastres á que no ha conocido la importancia de los principios democráticos, ni en lo presente ni en lo pasado.

La fuerza, señores, del partido exaltado consiste esencialmente en los principios democráticos. El partido exaltado no representa ningún principio de la civilización europea, porque no la conoce: no conoce el principio de la libertad, y no le representa en España. El partido exaltado no conoce los fundamentos hondos de la monarquía española, y mira con desden el esplendor de la Iglesia. Es decir, que no representa nada, ni la civilización europea, ni la civilización española. Una sola cosa representa, y esta es el principio democrático, y con ese solo principio nos ha vencido mil veces. Véase lo que es el principio democrático. ¿Y sabéis de lo que se trata y de lo que se debe tratar? De quitar á ese principio el carácter que el partido exaltado le ha dado, pues ha convertido la democracia, de pacífica y monárquica, en revolucionaria y turbulenta. Nuestro encargo no debe ser otro sino convertir la democracia, de turbulenta y revolucionaria, en pacífica y monárquica.

Me he fatigado demasiado, y voy á concluir.

¿Qué es lo que quiero para el gobierno? ¿Cuál es el problema de gobierno? Este: gobernar, señores, es descubrir un símbolo al cual se reúnan todos los entendimientos. Para descubrir este símbolo que merezca la aceptación general, es necesario que contenga todas estas cosas; es necesario que contenga la religión; es necesario que contenga la democracia; es necesario que contenga la monarquía y la libertad. Es decir, es necesario que contenga todos los principios constituyentes de la civilización española, y el principal principio de la civilización europea. Eso es gobernar, lo demás es des-gobierno. Solo los que gobiernen así, los que gobiernen de esta manera, tendrán por suya la nación, y verán hundirse y disolverse los partidos; porque los partidos no son poderosos para trastornar gobiernos; ni para perturbar el reposo de las naciones, sino cuando las naciones duermen; y las naciones no duermen, sino cuando los gobiernos no gobiernan. Yo que creo que el ministerio actual tiene todas las condiciones necesarias para comprender estos grandes

principios, le doy mi apoyo, en la firme esperanza de que no solo sabrá comprenderlos, sino tambien realizarlos. Que sea muy liberal, que sea monárquico, que sea democrático y religioso; y de esta manera gobernará, señores, á la nacion en un sentido conforme á la civilizacion española, y de acuerdo con la civilizacion europea.

DISCURSO

SOBRE

DOTACION DEL CULTO Y CLERO,

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 15 DE ENERO DE 1845.